

La Herencia de Ortega

Las herencias *intelectuales* no son como las *materiales* que se acaban cuando se reparten entre sus herederos. Por el contrario constituyen un vivero inagotable del que pueden beneficiarse todos los que tengan capacidad suficiente para acceder a ellas. La de Ortega está vacunada contra la falta de talento, a la larga es rebelde con las manipulaciones e irreductible a los ingredientes que la constituyen porque está viva pese a los intentos de convertirlo en *clásico* prematuro e incluso jubilarlo. No es demasiado fácil explicar, menos en un trabajo de síntesis, *quién* es Ortega, *cuál* su herencia y *quiénes* sus herederos sin correr serios riesgos de dejarse atrás contenidos esenciales en el primero y segundo de los casos y equivocarse en el tercero por meterse en una tarea para la cual uno no se siente especialmente dotado. Apelemos pues a la comprensión en el convencimiento de que este trabajo puede al menos ayudar a entender que el pensamiento de Ortega sea —filosóficamente hablando— poco conocido en relación con la enorme cantidad de libros que sobre su obra se han publicado aunque, desde luego, sin llegar al extremo de Balmes que en Barcelona es más famoso como calle que como filósofo.

Ortega creó un proyecto filosófico nuevo dentro de un vasto movimiento intelectual que propugnaba un retorno a la metafísica aunque no sería a la de antes, ni a la tradicional ni a la moderna. La suya no partió de postulados ontológicos y fue el segundo de los cuatro grandes intentos (Dilthey, él mismo, Jaspers y Heidegger) de fundar la filosofía en la nueva idea de la vida cuando la mente europea estaba en el tramo final del idealismo y el panorama filosófico occidental se encontraba en la tesitura de tener que abordar una de las cuestiones más graves de su andadura histórica, a

FRANCISCO
LÓPEZ
FRÍAS*

«Las herencias *intelectuales* no son como las *materiales* que se acaban cuando se reparten entre sus herederos. Por el contrario constituyen un vivero inagotable del que pueden beneficiarse todos los que tengan capacidad suficiente para acceder a

* Profesor titular de Filosofía del Derecho Moral y Política. Universidad de Barcelona.

saber, contemplar seriamente la necesidad de abandonarlo dando por concluida la edad moderna. Comte lo había ensayado *en caliente* casi con un siglo de anticipación, tal vez en el momento preciso había alcanzado el techo de sus portentosas posibilidades pero ahora había que contar con la remora particularmente reaccionaria de un siglo como el XIX que, pese a hacer del avance su ideal y autocalificarse como el siglo del progreso y la modernidad, había concebido a ésta como culminación de un estado definitivo que hipotecaba el porvenir. Para contrarrestar esa conducta inmovilista —por otra parte tan llena de *movimientos*— era preciso *superar* el idealismo aunque conservándolo como ingrediente de una nueva filosofía que tendría que enfrentarse también al riesgo *arcaizante* de recaer en corrientes ya superadas. Poseyó muy pronto un pensamiento original surgido frente a las manifestaciones del idealismo tardío cuya orilla abandonó cuando tenía objeciones lo suficientemente sólidas como para abrirse a otros horizontes todavía sin una idea clara — sólo premonitoria— del punto en que iba a desembarcar. La fortuna les deparó —no era el único pasajero del viaje que compartía con varios condiscípulos de Marburg— un prodigioso instrumento (la fenomenología) con que llevar a cabo la tarea. El neokantismo del que provenían y la fenomenología fueron, especialmente para él, filosofías "aprendidas" que le servirían de gran utilidad para abordar la crítica del idealismo con las suficientes garantías. Su recepción de la fenomenología fue tan temprana —la primera lectura sería que de ella se hizo fuera de Alemania— como inmediata su reacción ante ella por considerarla como la forma última y más depurada de idealismo que Huesserl llevó efectivamente al límite de sus posibilidades pero sin llegar a traspasarlo. Ortega en cambio dio el paso decisivo hacia la otra ladera, todavía incógnita y problemática pero en plena posesión intelectual de la nueva idea metafísica. No disponía aún de los instrumentos mentales suficientes para dar cumplida cuenta de su intuición y por eso no abordó la cuestión *in modo recto* (esto le hubiera llevado demasiado adentro en las tierras metafísicas recién descubiertas pero aún no suficientemente exploradas) sino *in modo obliquo* (una de las variantes concretas de su novedoso *método de las series dialécticas* o *de Jericó*), cercando el objetivo a la espera de poder asaltarlo, lo que fue posible en 1924 cuando también puso sitio a la hasta entonces inexpugnable fortaleza kantiana.

Hasta ahora la filosofía había sido siempre utópica de manera que cada sistema nacía con pretensiones de validez para todos los tiempos y para todos los hombres lo que explica el atrincheramiento, primero del pensamiento tradicional y ahora del moderno. Superar, no sólo el idealismo sino también su actitud inmovilista, fue para Ortega — ¿también para nosotros?— el *tema de nuestro tiempo* que consiste

«Superar, no sólo el idealismo sino también su actitud inmovilista, fue para Ortega —¿también para nosotros?— el tema de nuestro tiempo que consiste en reducir la razón pura a razón vital procediendo con ello al cierre de la mente



en reducir la *razón pura* a *razón vital* procediendo con ello al cierre de la mente moderna. Tarea harto difícil por tener que enfrentarse no tanto a la modernidad misma como al *mito* que se forjó de ella a lo largo del siglo XIX y cuyo cabal esclarecimiento constituye una de las más importantes aportaciones del legado orteguiano.

Es inútil buscar en Ortega lo que de ninguna manera puede existir en un pensamiento donde *la vida es el texto eterno y la cultura es el comentario que no puede nunca conservar el carácter problemático anejo a todo lo simplemente vital*. Más que un *sistema* elaborado con la letra inerte de saberes aprendidos lo que hay en sus escritos es una *empresa* filosófica capaz de dar respuesta a la circunstancia histórica concreta que le tocó vivir. El filósofo —como ha recordado reiteradamente Julián Marías— no es que *deba* ser sistemático sino que lo es necesariamente porque *la realidad radical que es mi vida* lo es y a ello hay que atenerse. El hombre tiene un *destino* que cumplir y es libre para realizarlo o no pero lo que no puede es cambiarlo, corregirlo, prescindir de él o sustituirlo. La obra de Ortega es un caso ejecutivo de su misma doctrina y por eso recomendó a sus alumnos, en la primera clase de un célebre curso, *hacer* metafísica en lugar de caer en la "falsedad" de meramente *estudiarla*. Su originalidad no es pues ficticia sino consecuente con el pasado y movida por una exigencia concreta de ponerse radicalmente en claro lo que tiene que hacer en el inmediato futuro implicando desde muy pronto sus planteamientos filosóficos con los de su circunstancia española a la que involucra, junto con Europa y toda la tradición filosófica de Occidente, en su primer libro de filosofía.

Ortega fue consciente de que el carácter innovador de su pensamiento dificultaría la comprensión de sus escritos y desde muy pronto fue dejando pistas a sus lectores. Explicó por qué sus libros no son tales libros sino artículos de periódicos y, tanto el *Prólogo para alemanes* como otro que hizo para una edición de sus obras, están llenos de referencias valiosísimas que nos permiten, entre otras cosas, datar con exactitud la evolución exacta y la incidencia que en su obra tuvieron las ideas fenomenológicas. Tuvo la sospecha de que no le hubiese leído a fondo casi nadie, ni siquiera los amigos más próximos, pero afortunadamente no era una impresión del todo fundada porque algunos de sus discípulos, como Julián Marías y Antonio Rodríguez Huesar, han podido recoger, transmitir e incluso elaborar con gran fidelidad la herencia.

El ingrediente circunstancial y el rico contenido temático proporcionan a sus escritos una falsa apariencia de inconexión, pero se trata casi exactamente de lo contrario pues todo está ligado a la estructura de la

«Ortega fue consciente de que el carácter innovador de su pensamiento dificultaría la comprensión de sus escritos y desde muy pronto fue dejando pistas a sus lectores.»



vida humana con tal coherencia que se hace imposible la *heterodoxia* que tal vez acaba siendo el espejo en que se miran los que no van más allá de la dimensión *cultural* de esta herencia, la parte más visible que actúa como coraza protectora de la dimensión *vital*, la estrictamente filosófica, que queda así a salvo de ciertos curiosos que aunque pican no perforan. Efectivamente dentro de este aspecto cultural de su obra —con un caudal de ideas sobre los más diversos asuntos que con frecuencia son lo mejor sobre el tema tratado— son muchísimos los que se adornan con sus citas en escritos y conferencias, incalculable el número de sus lectores en las más diversas lenguas y millares los libros que se publican sobre algunos aspectos de su obra. Muchos de ellos se topan, sin haberse percatado de ello, con un pensamiento de acceso muy difícil cuyo objetivo fundamental —la crítica y superación del idealismo— requiere no sólo identificarse con ese objetivo sino conocer a fondo toda la filosofía occidental, especialmente la que se hizo durante la primera mitad de siglo XX que es la que debe mirarse con mayor rigor y cuidado por tratarse de pensadores que comparten con Ortega la misma preocupación filosófica de la época —esto hace que *se parezcan*— pero que no tienen la misma estructura ni dan la misma respuesta a cuestiones esenciales. Ello explica que la mayor parte de la copiosa bibliografía existente sean trabajos sobre aspectos culturales irrelevantes o manifiestamente inclinados a demostrar que allí no hay filosofía alguna porque no hay manera de encontrarla. Otros más serios, aun trabajando con rigurosidad no logran alcanzar ni la lucidez ni la corrección interpretativa necesaria porque están montados sobre supuestos parciales o equivocados de tal manera que cuanto más compleja y trabajada sea su construcción tanto más se alejará, deformará y falsificará su pensamiento. Ortega queda con ellos más o menos reivindicado como filósofo epígono de importantes figuras como Husserl y Heidegger en un intento aparentemente loable pero que en realidad le hacen un flaco favor porque se hace a costa de cercenar las fecundas posibilidades de su espléndida innovación metafísica. No cabe por tanto hacer del pensamiento de Ortega un mero calco del moderno contemporáneo cuando es casi exactamente lo contrario, una *empresa* filosófica que aspira a superarlo asumiendo los contenidos de la historia de la filosofía en su conjunto, una plataforma desde la que organizarse para abandonar la modernidad con la dignidad necesaria de su rango y con el honor debido a una espléndida hoja de servicios de casi tres siglos.

Una *metafísica de la vida* —en ella se concreta esencialmente la innovación orteguiana— que muestra su radical diferencia con los modelos metafísicos anteriores, no sólo parecía algo inconcebible para el pensamiento tradicional; era también un *salto* excesivo para la mente moderna, incluso para algunos que, como Heidegger,

«Tuvo la sospecha de que no le hubiese leído a fondo casi nadie, ni siquiera los amigos más próximos, pero afortunadamente no era una impresión del todo fundada porque algunos de sus discípulos, como Julián Marías y Antonio Rodríguez Huesear, han podido recoger, transmitir e incluso elaborar con gran fidelidad la



anduvieron cerca de ella pero con el lastre fatal de su empecinamiento ontológico. Se necesitaba —como él hizo con un pie ya en la futura etapa del pensamiento— *filosofar a contrapelo* del pensamiento moderno, sobre todo de la poderosa inercia intelectual de los que llamó *kantianos a destiempo*. Ortega se autocalificó en 1916 como *nada <moderno> pero <muy siglo XX>* y la frase tiene su miga por tratarse del europeísta que con mayor empeño venía postulando la necesaria modernización de España —la gran cuestión pendiente— hasta justo el momento de detectar que la modernidad había entrado también decisivamente en crisis y era necesario prepararse para abandonarla. Lo que en realidad pretendía no era tanto abjurar de ella como evitar su persistencia prolongándola innecesariamente como otros habían hecho en su momento con el pensamiento tradicional. Se sabía *comprometido con el legado* de ambas corrientes cuyos contenidos eran contrapuestos pero perfectamente conciliables en una etapa nueva del pensamiento. Lo suyo era ser *ni sólo antiguo ni sólo moderno* sino ambas cosas a la vez en un marco nuevo, y en esa superación de lo moderno y lo antiguo consistió para él el proyecto filosófico del siglo XX concebido como una *tercera navegación* de la Historia de la Filosofía que integraría —conservándolas y a la vez aboliéndolas, dentro de la más pura tradición de la *Aushebung* hegeliana— las dos grandes etapas del pensamiento occidental. En historia superar es asimilar, llevar dentro lo que se supera; al revés que en la vida de los cuerpos *en la vida del espíritu* las ideas nuevas (las hijas) son las que llevan a sus madres en el vientre. Una nueva filosofía, en la medida en que aspira a serlo como es el caso, tiene que incluir todo el legado filosófico anterior.

La transmisión de la herencia filosófica de Ortega se ha visto entorpecida no sólo por las lógicas y peculiares dificultades de su condición esencialmente innovadora, sino también y de manera muy sostenida por la acción de grupos bien organizados desde comienzos de los años 30 obstaculizando con ello a las sucesivas generaciones de españoles el acceso a esta herencia. La marginación de Ortega no es pues —como la de otros exiliados— sólo consecuencia de la guerra civil sino bastante anterior a ella. Salvador de Madariaga le llamaría *la guerra de los tres Franciscos*, es decir, entre Franco, Largo Caballero y Giner de los Ríos. Pero este último había fallecido en 1915 y mal podía promover las influencias necesarias para proteger a los liberales que desde el principio se perfilaron como los seguros perdedores de la contienda. El caso de Ortega fue el modelo más representativo de los que la tuvieron perdida bastante antes de comenzar e independientemente de cuál fuera su resultado. En 1933, *después de un cuarto de siglo*, no tenía en España periódico donde escribir.

«No cabe por tanto hacer del pensamiento de Ortega un mero calco del moderno contemporáneo cuando es casi exactamente lo contrario, una empresa filosófica que aspira a superarlo asumiendo los contenidos de la historia de la filosofía en su conjunto, una plataforma desde la que organizarse para abandonar la modernidad con la dignidad necesaria de su rango y con el honor debido a una espléndida hoja de servicios



Las dificultades que han entorpecido una normal transmisión de su pensamiento se mantuvieron bajo formas diversas tras su regreso a España en 1945. La historia es bastante conocida y difícilmente puede siquiera resumirse en un escrito de estas características pero, según parece, hubo un acuerdo sorprendente y bien organizado para prescindir —y no sólo desde la política oficial— de los discípulos orteguianos. Buena parte de ellos ya estaban en el exilio y otros —de entre los mejores— se comenzaron a exiliar por entonces sin que faltaran los que se replegaron hacia posiciones intelectuales política y académicamente más rentables.

«La transmisión de la herencia filosófica de Ortega se ha visto entorpecida no sólo por las lógicas y peculiares dificultades de su condición esencialmente innovadora, sino también y de manera muy sostenida por la acción de grupos bien organizados desde comienzos de los años 30 obstaculizando con ello a las sucesivas generaciones de españoles el acceso a esta herencia. La marginación de Ortega no es pues —como la de otros exiliados— sólo consecuencia de la guerra civil sino bastante anterior a ella.»

